

IBÍDEM

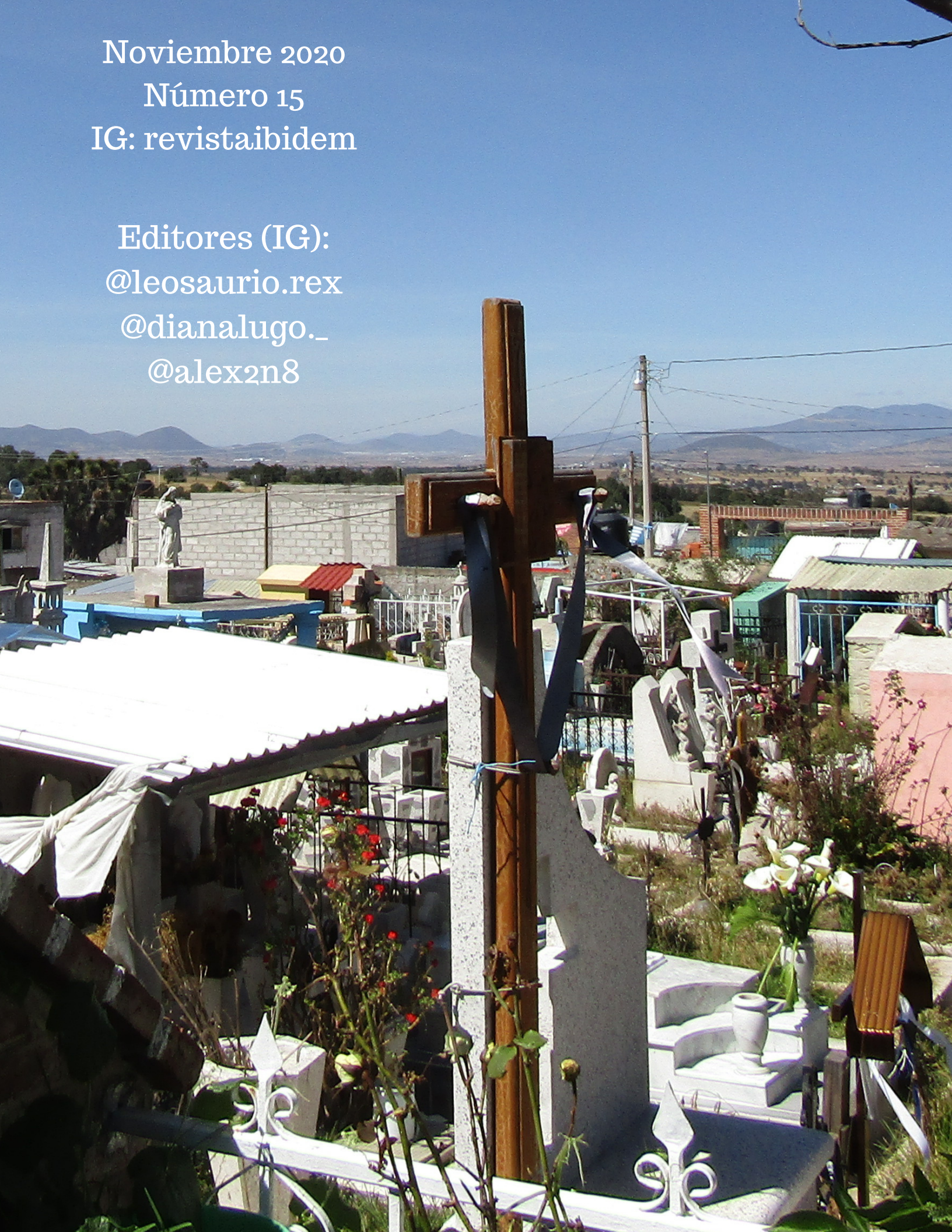
REVISTA LITERARIA DIGITAL

NOVIEMBRE 2020
MÉXICO

NO. 15

Noviembre 2020
Número 15
IG: revistaibidem

Editores (IG):
@leosaurio.rex
@dianalugo_
@alex2n8



Índice

Vanidad insatisfecha	1
El trino del Diablo	2
Rojo	5
Cuándo será que tus ojos me vean	9
No soy yo	10
Te puede pasar a ti	14
Los ojos blancos	
15	
El síndrome de Renfield	17
El cerebro	19
Soledad	22
Rojo sobre rojo	23
Vos aún no	26
Halloween en tiempos de pandemia:	
Un nuevo monstruo al asecho	28
La ruta 5 de Matamoros	30
No ver para creer	32
Pareidolia	33
Refugio desolador	36

Silencios	38
Hora cero	40
Desde el fondo	42
El bucle	45
Calavera de despedida	49
Nelapsi	50
Carne	52
Chica de arena	55
La herencia	57
El ritual	58
Mi amigo Hully	60
Pesadilla	64

Daniel Canals Flores

España

47 años

Vanidad insatisfecha

Por mucho que lo intentaba, no conseguía contemplar su propio reflejo en el espejo del tocador. Quizás era una broma de Henry, su marido. «Soy tonta, me admiraré en el vestidor». Al entrar no había nadie ni siquiera ella. «¿Qué está ocurriendo?», pensó francamente preocupada. Solo quedaba el del baño, así que se dirigió hacia allí con celeridad, sin obtener ningún resultado tampoco. Con el rostro empapado de lágrimas, se arrodilló sobre el suelo sin notar el frío de las baldosas. Sintiéndose más aliviada, un rayo esperanzador traspasó su intensa turbación. «Avisaré a Lucy, mi doncella. Seguro que aclarará este maldito asunto».

No tuvo que avisarla; Lucy apareció por el fondo del pasillo, cargada con un juego de toallas. Cruzó la amplia habitación y entró en el baño, atravesando el fantasma de su difunta señora.

Dante Vázquez Maldonado

México

39 años

El trino del Diablo

De la frialdad de la celda de castigo aprendí a olvidar las expectativas; y de la calidez de un día de verano en el parque, a valorar la realidad. Ojalá hubiera entendido antes las palabras de mi padre. Ojalá hubiera aprendido antes las lecciones de mi madre. Sin disciplina el talento es sordo. Mi padre me decía que el talento no basta sin práctica. Mi madre me enseñaba a tocar el violín todas las noches. A los doce años ya sabía lo básico. Me emocionaba ver la sonrisa de mi padre y de mi madre, era como percibir un tercer sonido. Ojalá que todas las variaciones de nuestra vida fueran armoniosas. A los dieciocho, encontré a Lucef en las jardineras afuera del edificio donde vivíamos.

—¡Hey! ¿Qué pasa, Giusepp? Te noto irritado —dijo encendiendo un cigarro—. Venga, relájate.

—Otra vez mis viejos —dije extendiendo mi mano para tomar el cigarro—. Insisten e insisten en que practique más de tres horas al día. ¡Pero vaya que son molestos! Sé que puedo tocar con maestría la pieza que me pongan.

Lucef se carcajeó acostándose en la jardinera.

—Mira, Giusepp, iré contigo sin rodeos —dijo con un tono fuerte de voz, mientras exhalaba una gran bocanada de humo—. Tengo un negocio que nos dejará forrados y te podrás librar de tus molestias y vivir tranquilo por mucho tiempo. Igual hasta a tus viejos los podrás ayudar a comprar una casa y dejar este muladar. Piénsalo: no más lecciones, no más palabras. Libertad a bajo costo y con gran ganancia.

En mi mente se formaron en allegro imágenes de lujos y comodidad, cuando oí la cantidad que obtendría. A veces el mínimo esfuerzo corrompe. Acepté sin titubear.

Entré al apartamento, mi padre estaba sentado en el sillón escuchando Concierto para violín, cuerdas y bajo continuo en La mayor D.96, de Tartini. Mi madre salió de la cocina.

—Esta noche estás libre —dijo acercándose a mí, para abrazarme—. Te quiero, hijo, cada día lo haces mejor. Pronto podrás encantar a un gran público.

Correspondí indiferente al gesto y me fui a mi cuarto.

A las cuatro de la mañana cerré sigiloso la puerta del apartamento. Me puse los audífonos para tranquilizarme. Sonata violín no. 17 Andante cantábile, de Tartini, sonó en mis oídos. En movimiento lento me encaminé al lugar de la cita.

—¡Eh, Guisepp! Me alegra que hayas decidido —dijo Lucef antes de tirar la colilla de su cigarro y pisarla—. ¡Venga! Vámonos, esto apremia.

Llegamos a un parque a dos horas de nuestro barrio. Ahí lo estaban esperando dos tipos altos. Nos acercamos. Lusef se quitó la mochila que negra que traía en el hombro. Se las entregó en minueto. Nos encañonaron. Se oyeron sirenas. Luego disparos. Caímos. Gritos. Luces azules y rojas. Sangre desparramándose en el suelo. De fondo Sonata para violín y bajo continuo n° 17. Allegro, de Tartini.

Vi llorar a mi padre y a mi madre. Lo oí suplicar libertad. La música salva del deterioro. Durante mi estancia en cárcel, siempre que podía, reproducía en mi mente cada obra que me había enseñado mi madre. Pronto conseguí un violín. Los días pasaban en un nuevo allegro. Ojalá nunca se rompiera la armonía.

Faltaba tres semanas para cumplir mi condena. Caminaba hacia mi celda. Los rumores son una cuerda rota, surgen en el momento menos indicado. Era mi vida o la del otro. Se rompió mi violín.

Nos trasladaron al hospital. Fueron más años para mí, duros años. Mi padre me decía que la paciencia, unida a la perseverancia, da valor. Después de algunos meses conseguí un nuevo violín. Practiqué y practiqué, como lo hacía con mi madre, cada vez con más ahínco; tanto que el director me propuso que diera una presentación en el auditorio principal. El empeño, recompensa.

Cuando íbamos de regreso a casa mi padre puso en el autoestéreo Concierto Bucólico para violín, cuerdas y bajo continuo en Re mayor, de Tartini.

—Me alegra que estés con nosotros, hijo —dijo mi madre sonriendo en allegro—. La vida está llena de movimientos inesperados, por eso hay que ser constante en lo que destacas. En cada nota aparece algo desconocido.

Bajamos del auto, Lucef esperaba afuera del edificio. Les dije a madre y a mi padre que se adelantaran. Tenía cosas que arreglar.

—Tiempo sin verte, Giusepp —dijo encendiendo un cigarrillo—. Tengo algo para ti, pero tendrás que acompañarme.

Lucef tenía las venas de sus ojos inflamadas, enrojecidas. Me negué con firmeza. Lucef insistió con voz agresiva y ronca.

—¡Vete a la mierda! —le dije dándole la espalda—. La facilidad es tentadora, y en su minuet arropa, pero su nuevo allegro es efímero.

Se carcajeó.

Entré al edificio. Mareado caí de las escaleras.

Ahora cuadripléjico, en el parque escucho lo que pude tocar. La arrogancia traiciona.

E. Lizbeth Márquez

México

25 años

Rojo

Ahora sí era capaz de ver sus ojos.

La vio atravesar el espejo, había olvidado cubrirlo en esta ocasión. Estúpida. Primero extendió una mano de uñas afiladas.

Existía desde tiempo atrás. No podría decir cuándo fue la primera vez que la escuchó, que la sintió, que la vio. Recordaba diferentes noches y todas le parecían la misma (la última noche, ayer), cuando entre sueños sintió una mano fría acariciarle la mejilla.

Acariciaba como las gotas que resbalan por el vidrio de la ventana.

Lento, sin tiempo, sin prestar atención a las manecillas del reloj, pronto empezó a susurrarle al oído palabras de odio y palabras de amor. Sus labios eran casi tan fríos como sus manos. La besaba en diferentes lugares de su cuerpo. Desconocía su forma, únicamente podía imaginarla.

Una de las comunes tardes que pasaba sola, se dedicó a plasmarla en papel. Dibujó unos labios negros, que sonreían y sus manos, largas. Asustada, dejó caer el dibujo al suelo cuando vio cómo los labios se separaban y empezaban a burlarse de ella, le murmuraban las mismas palabras que de noche escuchaba en sus pesadillas.

La mano se regocijó al sentir el aire, y apareció el brazo completo.

No la imaginaba. Le hablaba cuando estaba sola y cuando estaba acompañada. Un día se despertó, entró a la ducha y al mirarse al espejo, la encontró. Sonreía con los mismos labios que ella dibujó. Creyó que estaba soñando, se acercó a aquel reflejo y delineó su boca; estaba fría. Gritó mientras ella reía.

No volvió a usar ese espejo. Lo rompió con la esperanza de que ella desapareciera, pero sólo la vio multiplicarse. Su madre la acusó de loca, barrió los trozos de espejo y fingió que nada había ocurrido. Ella, en cambio, no podía olvidar el tacto frío de aquellos labios que ya habían probado su piel.

Su cabello le cubría los ojos. Era tan real que no hallaba la manera de describirla. Decidió callar. Esperaba que desapareciera. Si cada noche salía de aquel espejo, no podría hacerlo más.

El brazo era tan pálido (como si por sus venas no corriese una gota de...)

La volvió a ver en otro espejo. Aparecía en cualquier superficie reflejante; espejo, pantalla, lente, agua. No se marchaba.

-¡Vete! —le gritó en otra ocasión.

Ella sonreía, sin ojos, y negaba con su cabeza. Entonces era momento de llevarse las manos a los oídos cuando la escuchaba hablar. No entendía una sola de sus palabras, sin embargo, la lastimaban, como si le lanzara cristales y estos se enterraran en su piel. Le creaban heridas que abrasaban por días enteros.

Un incendio. Su cuerpo ardió en llamas. Se había quedado semidormida en el sofá de la sala una tarde en que sus padres tampoco estaban. La casa era habitada sólo por ella. En el silencio de la rutina, escuchó cómo bajaba las escaleras. Un escalón, silencio, otro escalón, silencio, otro escalón.

Silencio.

Ella soñaba, y su sueño se tiñó de carmesí.

Otro escalón. Se detuvo, apoyó la mano en el barandal y se lamió los labios. Parecía carecer de ojos. Esbelta, diosa, demonio, caminó los pasos que las separaban. La encontró dormida en el sofá y la observó a través de su cabello. La respiración marcó el ritmo de sus actos. Se agachó y recorrió la piel de sus brazos con sus labios, desde la muñeca, hasta el hombro. Así empezaron a propagarse las llamas. No sabía si soñaba o si realmente ocurría. Ella la rodeó en un abrazo

hielo, la aprisionó, dejó resbalar de su boca un fósforo encendido para verla arder en la hoguera que creó a partir de palabras, caricias y ósculos.

Su pierna fue lo segundo que traspasó el espejo.

Noche sangre aquella.

Vampiresa también, la besó en los labios, después en el cuello, donde sintió sus dientes. No pudo escapar, sus cuerpos eran uno. No pudo gritar, le robó la voz. Incapaz de nada, se rindió a su sed. Sintió calor, sintió dolor, sintió frío, sintió el mar y sintió el desierto. La tarde se detuvo; no anocheció. No regresaron sus padres, hasta el amanecer le perteneció.

La hizo a un lado como si fuere un vestido del que se desprendiera. No olvidó sonreírle.

Ella permaneció quieta en el sofá, agotada, temblorosa. Sus mejillas entumecidas del llanto. No se movió un centímetro, por temor a que la otra regresara. A su alrededor, el fuego no desapareció, caminaba libre por la puerta abierta de sus venas. La rodeaba un río de calor, pese a que moría de frío.

No importaba qué tan fuerte gritara o corriera, no escaparía. Tampoco importó que hubiera cubierto los objetos reflejantes para que ella no saliera, debido a que siempre encontraba un modo de hacerse presente.

Ahí estaba.

Atravesó el espejo, pasó como si cruzara el umbral de una iglesia. El espejo se rompió y los cristales buscaron su cuerpo como saetas. Los sintió perforarle la piel. Uno por uno, abrían las heridas que apenas consiguiera sanar.

Fue incapaz de sostenerse en pie. Si no pudo huir antes, no lo haría ahora. Cayó al suelo, se recargó en la pared de su habitación. Ríos de fuego la abrasaban, la quemaban como las caricias que ella le regaló en interminables pesadillas. Los vidrios sembraban besos sin pudor, como sus labios.

Parada, creaba de sus manos nuevos cristales que arrojarle, mientras sonreía, muda, perfecta, despiadada, y real. El cabello ya no le cubría la mirada, reconoció sus ojos.

Balthier Gallant

México

25 años

Cuándo será que tus ojos me vean

A diario peinas tu cabello claro como el mimbre. Tu piel de canela la suavizas con una crema que es similar a las claras punto nieve. Previamente tomas un baño en sirope de rosas y te secas con toallas de algodón. Por las tardes te ausentas de tu habitación y regresas hasta que terminas la cena, robando, con disimulo, un delicioso trozo de pan untado con mermelada hecha de fresas. La noche se hace cada vez más profunda. Los maullidos de los gatos, los aullidos de los perros, el ulular de los búhos y los graznidos de los cuervos siempre tratan de delatar mi presencia. Sientes frío cuando mis manos recorren tu espalda. Escalofríos cuando mi voz te susurra. Si apreciaran tus pupilas mis garras, mi piel oscura teñida de escarlata, mis afilados dientes de sierra y mi cuerpo amorfo ¿morirías al instante o me darías el placer de oír tus gritos de horror hasta que se escapara de ti cualquier rastro de vida? Es una auténtica incógnita, un misterio que no resolveré hasta que me veas. Es por eso que me pregunto en cada segundo que pasa en el reloj del tiempo imaginario cuándo será que tus ojos me vean.

Israel Celis Delgado

México

29 años

No soy yo

No, no debió tocar aquella cosa brillante y que emanaba una luz mortecina de su centro transparente. Pero su voluntad se vio menguada por una extraña voluntad que estaba domeñando a la suya sin que él pudiera hacer algo para contrarrestar el misticismo que envolvía la atmósfera del lugar. Su padre le había pedido una sola cosa y parecía que las malas decisiones aunadas a su desobediencia le iban a causar problemas graves y esta parecía ser la ocasión en que Cornelio había perdido la dirección o el control del centro de mando de su cerebro. Y lloró antes de que todo se fuera a la mierda.

Durante el comienzo del temporal de lluvias, el padre de Cornelio acostumbraba a recolectar leña seca que los árboles viejos aportaban, detrás de su casa a no más de cien metros el campo yermo y sin cultivar se extendía hasta el horizonte, hasta el infinito le parecía a Cornelio pero la verdad era que después de una hectárea de tierra yerma los bordes de la tierra se encontraban con los bordes terrosos del río que rodeaba el pueblo que había visto nacer y crecer a Cornelio. Lo único que su padre le había pedido con seriedad y presteza era que Cornelio recogiera la mayor cantidad de ramas secas las cuales ayudaban a dar viveza al fuego de las leñas más grandes, era una tarea a la que cada año, desde que tenía seis, Cornelio estaba acostumbrado cuando el invierno asomaba por el gélido aire y arañaba sutilmente los cachetes de todos en la pequeña comunidad. –Regresa antes de que oscurezca –ordenó su padre y Cornelio se puso sus sandalias de cuero y con prisa comenzó a amontonar las ramas secas que agradarían a su padre y al voraz fuego. Una hora después parecía que Cornelio había recolectado todas las ramas secas del mundo porque a su alrededor no veía más y aun así sintió que la cantidad era insuficiente, días antes había llovido y el agua arrastró

hasta el río una porción considerable de ramas quedando muy pocas para la recolección. Y de pronto una idea se atravesó fugaz e inexorable por la cabecita del muchachito. Del otro lado del río debería haber otro tanto de ramas secas y con ello su colección de naturaleza muerta, alimento del fuego, quedaría completa. El nivel del río era bajo, muy bajo y una vez que se arremangó el pantalón, cruzó feliz. En total hizo cuatro viajes porque en el quinto algo en el agua lo detuvo. A medio camino sobre el agua del causal pudo advertir un extraño fulgor verduzco. Las piedras no brillaban así, ni siquiera las piedras artificiosas que vendían en algunas tiendas y que servían únicamente para decoración. Algo, quizá su instinto, le había dicho <<No lo toques, sigue caminando>>.

Pero lo tocó y no solo eso, se la guardó en la bolsa del pantalón que estaba en su glúteo derecho. Su padre le dijo que regresara antes de que oscureciera pero perdió la noción del tiempo y lo maravillado que estaba con aquella extraña piedra lo había sumido en una especie de estupor que lo estaba obsesionando hasta que la voz de su padre, a la distancia, lo arrancó de sus meditaciones. Esa noche después de cenar, se dio un baño y cuando estaba enroscado en sus mantas para dormir sacó la piedra que aún seguía emitiendo una extraña luz y en medio de la oscuridad de su cuarto, la luminosidad era aún mayor, más irreal. Una vez dormido tuvo sueños, pesadillas en las que sentía que estaba perdiendo el control de sus actos, de su voluntad. Sentía que no podía respirar y en medio de la noche sus ojos se abrieron pero su cuerpo parecía no dar señales de obediencia. Lo único que surgió dentro de él fueron unas cuantas lágrimas que parecían de color verde debido a la luminiscencia de la piedra que estaba en su buró de madera. Por la mañana tenía que levantarse a las siete de la mañana para ayudar a su madre a alimentar a las gallinas y a los cerdos que estaban en los corrales en la parte derecha de la casa. Era una actividad automática porque su madre ya no necesitaba despertarlo para que lo hiciera pero por la mañana Cornelio se dio cuenta de que ni siquiera podía abrir sus ojos. Ni moverse. Un terror lo envolvió y ahora hasta las lágrimas lo habían abandonado. ¿Estaba muerto?

Pero sus ojos se abrieron, sus pies se posaron en el frío piso y se irguió. Pero no era él quien estaba controlando sus movimientos, sus pensamientos. Se dio cuenta de que la parte consciente que existía de él estaba aún ahí, en su cabeza pero había perdido el control de su propio cuerpo, sin embargo, Cornelio estaba haciendo todo lo que siempre hacía por las mañanas antes de irse a la escuela. Todo menos alimentar a los animales porque se levantó media hora más tarde, su madre le daría una regañada cuando regresara de la escuela por no haber alimentado a los animales. Pero desayunó, saludó a su madre como siempre y a su padre le llevó una taza de café y dos piezas de pan de canela y yemas de huevo horneadas en la superficie. Pero Cornelio, el verdadero Cornelio, estaba atrapado dentro de su propio cuerpo y nada podía hacer, lo único que quedaba de él eran sus pensamientos incapaces de emitir alguna emoción que se reprodujera en su rostro. Al contrario. La cara del nuevo Cornelio, del falso Cornelio, sonreía con dulzura. Y eso le atemorizaba al verdadero Cornelio porque sabía de las podridas intenciones a las que el nuevo Cornelio se estaba entregando y se percató de algo más sombrío. La entidad que estaba dominándolo todo había usurpado su cuerpo, dejándolo existir como un pensamiento inexistente, impidiendo que pudiera recuperar la voluntad para que su cuerpo le obedeciera. Todo esto lo sabía porque parecía inevitable que la conciencia del ladrón y la suya estaban unidas definitivamente, era eso o quizá la entidad dentro de él quería que supiera de las intenciones que este tenía para menguar la poca gallardía que aun ardía en él.

Antes de que se fuera a la escuela, Cornelio se metió al taller de carpintería de su padre y debajo de uno de los cajones de herramientas había un arma que su padre nunca había ocupado, era una pistola negra pequeña y la metió, aun sonriendo, a su mochila. Y se fue. Su madre siempre lo esperaba a las dos de la tarde, casi siempre tenía preparada la comida y la rutina dictaba que Cornelio, primero llegaba, saludaba con un beso a su madre en la mejilla, saludaba a su padre con una especie de reverencia, se lavaba las manos y se sentaban todos a comer. Pero eran las dos y quince minutos y Cornelio no llegaba. Dos y media,

tres. El teléfono fijo sonó y su padre contestó. –Diga –ordenó su padre a la voz que estaba del otro lado del cable. La cara de su padre pasó de la solemnidad a la de terror, mostrando una contractura de los músculos del rostro, sobresaltada. Y de pronto parecía más anciano de lo que realmente era. Colgó el teléfono sin dejar de apartar la mirada al vacío. Su esposa no lo había visto y desde la sala preguntó si se trataba de Cornelio. Él dijo que sí y cuando llegó cansado a la sala y con la cara en una mueca de dolor le contó todo a su esposa y ambos terminaron llorando, gritando y desmayándose. Al otro día la noticia encabezaba el periódico.

NIÑO DE TRECE AÑOS ASESINA A SANGRE FRÍA A SEIS DE SUS COMPAÑEROS EN LA ESCUELA SECUNDARIA “RIVA PALACIO”.

El joven de trece años, de nombre Cornelio C. disparó con un pequeño revólver a varios de sus compañeros, seis de ellos muertos en el salón de clases y cuatro más hospitalizados y afortunadamente estabilizados. El joven se suicidó una vez cometida su fechoría dejando una nota que al perecer carecía de sentido: “No soy yo” rezaba el trocito de papel de su libreta de apuntes. La noticia completa en la página cinco.

Santiago Eximeno

España

47 años

Te puede pasar a ti

—¿Cómo se encuentra? —preguntó la mujer, sosteniendo entre sus dedos el trozo de tela blanca.

—No le mentiré —dijo el doctor—. Es grave.

La mujer ahogó un sollozo.

—La piel de prácticamente cada centímetro de su cuerpo se ha desprendido, el dolor que sufre bajo los vendajes que cubren su cuerpo de pies a cabeza debe ser horrible —continuó el doctor—. Sea lo que sea, ha debido afectar a sus cuerdas vocales, quizá incluso a su cordura, pues solo logra comunicarse mediante sonidos guturales y aullidos. Le hemos administrado algunos sedantes, pero no surten efecto.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó la mujer.

—Si quiere mi opinión, lo mejor sería meterlo de nuevo en el sarcófago y devolverlo a su pirámide.

Mariana Pou Moragues

Argentina

35 años

Los ojos blancos

Un cobertizo, eso hay en el fondo de la chacra en que vivimos. Somos una familia grande, de bisabuelos a bisnietos. Yo soy hijo, nieto y tío; en ese orden. Cualquiera que nos ve, enseguida piensa que somos muchos. Pero la verdad es que éramos más.

Todo pasó esa noche de tormenta. No había luna y la chacra estaba iluminada por la tenue incandescencia de los árboles desnudos de invierno. Su brillo era plateado, como los rayos que cortaban el firmamento en infinidad de fragmentos. Y que luego caían en forma de lluvia, de forma oblicua o, como decimos en criollo, “de costado”. Las ventanas de la casa temblaban; los nietos temblábamos; los bisnietos también. Parecía ser todo un solo temblor, pero no. Hubo un temblor más fuerte, acompañado de un estruendo que nada tenía que ver con los fenómenos meteorológicos.

Entonces la vi. Había salido por la puerta trasera y se dirigía hacia el cobertizo prohibido. Nadie sabía qué había allí pero todos sabíamos que no debíamos acercarnos. Por mandato paterno y por miedo, porque ese lugar causaba escalofríos.

Pero para ella no. Salió caminando derecho hacia la puerta. No miró atrás, ni siquiera a mí, que la miraba por la ventana y pensaba que sentiría la fuerza en esa mirada mía. Pero no. Se había vestido como si fuera de fiesta, noté. Tenía un vestido a la rodilla rosado y sandalias verdes. Incluso se había peinado primorosamente. Era mi mamá y estaba hermosa.

Pero se iba.

A mi hermosa mamá le tocaba irse. Yo lo sabía porque había escuchado las historias susurradas entre la familia grande que éramos. Quien abría la puerta del cobertizo no volvía más. Y en lugar de gritar como debí hacerlo, me quedé en silencio sepulcral, escondido en la seguridad de la sábana de mi cama sobre mi cabeza.

Mamá se fue.

Al otro día, en lugar de mi mamá, fue mi tía Graciela quien preparó el desayuno, quien nos abrigó a los niños para ir al colegio y quien se sentó en la cabecera de la mesa para la cena. De mamá nadie habló, como si nunca hubiera existido. En un momento me acerqué a mi padre e intenté preguntarle por el destino que había cumplido mamá, pero me dijo que hay cosas de las que nadie debe hablar; y siguió trabajando la madera.

Crecí y elegí irme. Después de la desaparición de mamá, no soporté el sofoco del silencio. Sobre todo porque después desapareció uno de los primos y luego mi abuela. Y nadie, pero nadie, habló al respecto.

Ahora vivo en Córdoba, el lugar por excelencia para los fanáticos de los fenómenos sobrenaturales. Pero ninguno me ha aterrado tanto como el de ver a mi mamá cruzar el patio hasta el cobertizo. Por más que pasaron quince años, todavía cuando llueve, esté en Córdoba o en cualquier otro lugar, tiemblo de miedo porque sé que voy a cruzarme con ella. Sus ojos estarán blancos y su piel traslúcida dejará ver venas bordó. Entonces me mirará y todos alrededor se asustarán porque gritaré de pronto y empezaré a temblar. Y solo verán a una mujer extraña y a un hombre de ojos blancos y piel traslúcida por donde se dejan entrever las venas bordó.

Jonás Sánchez

República Dominicana

34 años

El síndrome de Renfield

Desde pequeña me comía las arañas. Con el tiempo fabricaba trampas de azúcar para moscas y hormigas. Cuando mis padres fumigaron la casa, salía a cazar renacuajos en la ría. Rechazaba los gusanos porque se parecían a papá. Comenzaron a gustarme las lombrices de tierra. Su color rojo tenía un gusto exótico igual al de las arañas. A veces el cambio del día a la noche aumentaba mi apetito. No importaba estar delante de la gente para tragarme las pulgas que saltaban del lomo de los perros.

El hábito se convirtió tan frecuente que una repentina locura llegaba con el sol y se calmaba de noche con la nube en mis pesadillas que tenía forma de murciélago. Richard Cipriano, un compañero de clases, vio como arrancaba las sanguijuelas de los árboles y las tragaba exageradamente. Su visión se expandió por la comunidad y los demás empezaron a llamarme: Alondra la sanguijuela. Nunca tuve el complejo de no ser aceptada, por lo que su opinión me importaba un coño, sin embargo, el director Salvador y la maestra Ditrén, me prohibieron en la universidad, el uso del laboratorio, las visitas a la biblioteca y las clases de música con la señorita Hoo-o, todo hasta que un psiquiatra tratara mi caso. Mis padres fueron involucrados; paso a paso cumplí las asignaciones y no hubo la necesidad de llamar al psiquiatra, igual y a escondidas, crecía un odio hacia ellos, que, junto a mi sed de sangre, se volvía mayor, pues, clasificaba la comida con más rabia y perversidad... Ya la sangre ácara repugnaba y haciendo caso al murciélago de mis pesadillas, atacé seres humanos. Primero a Richard Cipriano, le siguieron otros compañeros de clases, el director, un vecino, el repartidor de pizzas y la maestra de música. Debido a que la luz del sol me molestaba, compré unas gafas oscuras. Iba a la universidad a seleccionar la

comida. En las noches esperaba paciente y atacaba. Ya la gente hablaba de un vampiro. El rumor atrajo a los cazadores de bata blanca. Me sentí acorralada, a pesar de que mi fuerza superaba la de cien hombres. Me fui de la casa a vivir al cementerio municipal. La ciudad neutra me daba esa tranquilidad que me arrebataron los vivos. Como siempre la noche era mi aliada. Pronto se organizaron cuadrillas de hombres que profanaron la paz de las tumbas: se hablaba de que yo habitaba en una de ellas. Pero la ciudad neutra ofrecía a sus moradores para protegerme. Las ratas salían en manadas a morder sus pies, los murciélagos conducían el ataque aéreo y los perros se sumaban con el aullido. Al final, la niebla cubría la metrópolis de tumbas y mis ojos brillaban entre ellas como brasas. «El vampiro ha escapado». Era siempre el mismo clamor. Los cazadores de bata blanca dejaban círculos de ajos, crucifijos, salmos bíblicos y agua vendita, pero nada paraba la marcha. Mis pensamientos adelantaban cualquier astucia humana. Tendida en el ataúd, una niebla gris envolvía mis sueños y la poca visión de mi soledad. No podía mirarme en el espejo; reflejaba la camisa de fuerza que mi propia mente había tejido, aprisionando la verdad y liberando esa sed de sangre, que me hacía divagar en el mundo de los No-muertos.

Me marché a otra ciudad. Conocí lugares de arrebatos, sus habitantes y la forma diferente de comportarse. Para entonces el concepto tiempo desapareció de mi mente y los vicios y manías me condujeron a cometer el error que esperaban los discípulos de Van Helsing ¿y de qué manera? Fuera de mi ataúd; sin nada de aquello llamado ropa. Mi presencia atacaba a la gente que cruzaba la barrera del ocaso. Los cazadores de bata blanca me atraparon borracha de sangre. Fui llevada donde había otros iguales. Lo superaba en las trampas de moscas, y ellos a mí, comiéndose su propia mierda.

Ale Montero

México

24 años

El cerebro

Recuerdo haber caminado por una arboleda. Accidentalmente pateé un objeto blando y viscoso: un cerebro. Brinqué del susto. Empecé a sentir una gran ansiedad por todo mi cuerpo, así que regresé a casa.

Volví al bosque. Seguía ahí la viscosa masa de tejido rosáceo. La tierra estaba ligeramente manchada de sangre que despedía el encéfalo, especialmente a través de sus cisuras. Me puse unos guantes, lo tomé y regresé a casa. Al llegar lo coloqué sobre una mesa. Lo llevé a un lavabo para desinfectarlo. Posteriormente lo puse con cuidado dentro de un gran recipiente lleno de agua. Debido al cansancio decidí seguir con mi investigación al día siguiente.

Cuando regresé me encontré con algo insólito: en el recipiente había un cerebro de mayor tamaño. Además, tenía una médula espinal que parecía raíz y aparentaba haberse conectado con el recipiente. Mi interés por estudiar el cerebro se incrementó pese a lo peligroso que fuera. Coloqué el recipiente en el cual estaba el cerebro dentro de un envase más grande y transparente que tenía unos orificios anchos. Hice una incisión circular en el primer recipiente. Después metí una pinza para extraer un pedazo de masa encefálica. La puse bajo el microscopio. Las neuronas eran de gran tamaño y se reproducían rápidamente; sus dendritas eran cinco veces más grandes que las humanas y las sinapsis se producían a una gran velocidad. Según mis cálculos, en una hora las aproximadamente cien neuronas alcanzarían los 100,000 millones de un cerebro humano promedio.

Utilicé una máquina con largos brazos para extraer el cerebro y realizar una tomografía. Al obtener las imágenes descubrí que aparentaba normalidad. Por

su tamaño parecía ser de elefante o de ballena; no obstante, anteriormente tenía el tamaño de un cerebro humano masculino. Parecía haber gran actividad neuronal en el lóbulo frontal, y también en el cuerpo calloso, por lo tanto, mayor comunicación entre hemisferios. Con la misma máquina volví a colocar cuidadosamente al cerebro dentro de los recipientes y concluí mi investigación de ese día.

Cuando volví encontré un cerebro impresionante. La médula espinal ya no era una sino varias emergiendo de la parte baja del órgano. Por si fuera poco, dichos cordones de tejido nervioso se habían conectado con algunas computadoras, a las cuales se les encendía y apagaba la pantalla frenéticamente. Me convencí de que necesitaba pedir ayuda. Al parecer el cerebro comprendió mi intención, entonces ocurrió algo por lo cual hasta el día de hoy siento que me falta el aire al recordarlo, circunstancia por la que actualmente sigo teniendo horripilantes pesadillas. El cerebro se elevó usando sus médulas espinales y dio un salto impresionante para alcanzarme. Con velocidad impactante metió las médulas espinales por mis orejas; sentí cómo recorrieron mis oídos y tocaron mi cerebro. Cuando el órgano mutante se conectó conmigo se me reveló una información que podría cambiar el rumbo de la humanidad. En mi mente observé paisajes nunca vistos por ojos humanos, ingravidos, con plataformas flotantes, organismos parecidos a elefantes con infinidad de trompas, leones sin piernas que flotaban, caballos sin ojos ni cola que se elevaban como plumas por las tierras flotantes y montañas repletas de árboles que se elevaban cerca de nubes de un color nada semejante a lo visto en la Tierra. Además, descubrí la causa del nacimiento y muerte, el origen del universo, el objetivo de vivir y la existencia de infinidad de dimensiones. Después de forcejear varios minutos, logré arrancar de mis oídos al misterioso órgano y corrí lejos de mi casa.

Ya casi llegaba a la ciudad. Sentí un ligero dolor de cabeza. Alguien me habló, sin embargo, a mi alrededor no había nadie.

—No reveles la información.

—¿Quién eres? —pregunté en voz alta.

—Esa información es confidencial. Ningún ser de este planeta debe saberla —decía una voz susurrando.

—¿Qué eres? ¿De dónde eres? ¿Dónde estás? ¿Por qué sueñas dentro de mi cabeza? —pregunté volteando hacia los lados frenéticamente tomándome la cabeza con las manos.

—Evita comunicar lo que experimentaste. Sé todo sobre ti.

—¿Cómo?

—Yo te revelé todo lo que sé, pero tú me revelaste todo lo que alguna vez experimentaste —decía la entidad—. Regresa a casa. Estarás bien.

Nunca debí haberle hecho caso a la misteriosa entidad. Desperté en una dimensión incomprensible para mí, de colores inimaginables, seres increíbles y leyes contrarias a la lógica de nuestro universo. Vivo en una extraña habitación blanquecina, iluminada por una refulgente luz. Me alimentan a través de mi piel con una rara energía proveniente de una poderosa estrella que orbita. Para ellos soy un objeto más: soy una batería.

Juan Pablo Triana Aguirre

Colombia

34 años

Soledad

En una habitación oscura, entre grandes ventanas y pálidas paredes se rebullían de un lado a otro los pensamientos vespertinos y algunas ideas que no se habían logrado disolver con el último café de la tarde, que bien podría ser el primero de la noche.

Una inquietud incorporada en la superficie de mi ser, mantenía ocupado el espacio compartido con una botella vacía, que tropezaba con mis pies, tendidas algunas ropas sucias, o limpias, como saberlo, papeles arrugados y envolturas de algunos chocolates que sin darme cuenta comí sin disfrutarlos. Por ahí regadas en todas partes las ilusiones que me quedaban, y flotando instantáneos gritos que como relámpagos tronaban en mi cabeza.

Las horas se detuvieron hace tiempo, poco más o menos en el mismo momento en que inició el tinnitus y el estremecimiento; vi los segundos caer como gotas fatuas, los minutos se desollaban entre sí hasta hacer languidecer una hora y luego otra. Y así inmisericorde se engulló la tarde a la mañana, con el frío en los labios que opacaron las palabras, que cayeron congeladas; sepultando esperanzas, condenando a muerte el silencio vociferaba por los altavoces anunciando el arribo de la noche desordenada como esta habitación, como mi cabello, como mi mirada, como mi discurso, como tus recuerdos salpicados por el pasillo. como moho taciturno se aferraron al mosaico, las losas, parecen florecer imágenes de esos tiempos en que estabas, por eso nunca intento limpiarlos, maravillada la alfombra abrió paso

Gabo Montalvo

Perú

18 años

Rojo sobre rojo

Mi piel se va palideciendo, demacrando, perdiendo vida. Estoy aterrada, mortalmente aterrada. Las paredes me asfixian, la oscuridad me obliga violentamente a ser envuelta. Me corroe ese sentimiento de agobio por no poder vomitar el horror afilado que me raspa la garganta, porque además empieza a pudrirse dentro mío, muy dentro mío, donde nada parece ser visto ni escuchado. He llorado tanto que las lágrimas se han vuelto dagas afiladas prendidas fuego. Mis ojos están en un declive de todo lo hermoso que alguna vez se atravesó por ellos; mis manos abandonan sus fuerzas. En la parte de mi lado de la puerta están grabadas las horas, los días, la aterradora desesperación, el eterno horror. Aquí dentro se siente que por completo la esperanza está perdida, extraviada, obligada a huir; son sólo un montón de callejones sin salida, de bucles interminables, de estar empapada en lágrimas y gritos, en gritos y lágrimas, y así sucesivamente. Ya no tengo noción de nada-o de casi nada-, estoy ida, mi mirada divaga entre la constante penumbra para pasar al dolor sin fondo, al abismo del sufrimiento. Hay momentos donde escucho el sonido de la puerta y logro ver una breve luz que me ciega por una pequeña rendija. Sientes el escalofrío recorriendo tu cuerpo; incesantes punzadas que van aumentando con el paso de los segundos. Y están ahí, aquellos alientos hediondos, aquellas voces trágicas y siniestras, esos macabros y asquerosos sudores que se impregnan en tu cuerpo, las respiraciones agitadas con las que muero otro poco. Odias cada maldita palabra que te susurran al oído sus repugnantes labios; no importa que sea otra voz, u otros labios, u otros dedos, u otra lengua áspera y determinante que me raspa el cuerpo y me quiebra en pedazos; no importa, voy cayendo en un pozo maloliente e infinito. Tengo miedo de estar acostumbrándome al propio

temor, a lo podrido, a la desesperanza, a lo equivocado. Me estoy dando cuenta que mis ojos sólo pueden descifrar negro sobre negro, y rompo en llanto sobre este epitafio tan oscuro. Me digo a mi misma con el escaso aliento que me queda: voy a dormir, al amanecer todo será diferente, el dolor se habrá ido. Antes de cerrar los ojos, y fingir que duermo, oigo romper los brotes, se distorsionan los insultos, los portazos a lo lejos, las patadas y escupitajos habituales; que aterradoramente han dejado de dolerme o de humillarme.

Despierto bruscamente, un día particularmente denso y gélido. Él subía con dificultad los escalones de madera a la que es la salida de la habitación, de la que yo siempre veía borrosa o difuminada, y otras veces, olvidaba que existía. No ha notado que me puse de pie con resguardada cautela, no sé ni cómo ni para qué, pero lo he hecho sin quiera dudarlo. He corrido con todas mis fuerzas (no sé de dónde he sacado esas infranqueables fuerzas), y he caído con mi frágil peso justo por la espalda de su vetusto cuerpo. Tumbado en el filo de la entrada, me acerco a él y le doy una iracunda mordida bajo el pómulo derecho hasta hacerlo sangrar. Lo pateo numerosas veces en el abdomen, en el rostro; procurando que no trate de levantarse. Lo arrastro del cuello de su amarillenta y apestosa camisa, directo a una de las ventanas de la sala de ya había borrado de mi memoria. Con una mano enredo sus pocos cabellos en mis dedos, y para asegurarme con la otra agarre la parte trasera de su cráneo, y con furia implacable y desbordante lo impacto contra el vidrio-una vez, otra vez-hasta finalmente quebrar la luna en pedacitos. Tomo uno de los vidrios rotos-no tan pequeño, ni el más grande-volteo su cuerpo y lo pongo boca arriba, lo observo unos segundos, trago saliva, y aprieto los dientes. Le clavo, mirándolo fijamente, el vidrio afilado en su garganta. Sus ojos se han puesto blancos, su cuerpo entero parece convulsionar. He metido los dedos en el hueco ahora más profundo de la herida- lo abrí más, un poco más- He notado enseguida la retorcida y satisfactoria sonrisa delante de mí. Mis ojos han dejado de observar todo; negro sobre negro. Empiezo a sentir como todo lo voy viendo rojo sobre rojo; cualquier color que no sea negro sobre negro, es aceptable para mí; y rojo sobre rojo le voy hablando con ira descontrolada a su cuerpo sin

vida; hasta que al final me decido a hablarle como si estuviera escupiendo fuego envuelto en dolor:

-El infierno será muy poco para ti, papá. Espero te pudras en él, malnacido.

James Ruiz Rendón

Colombia

19 años

Vos aún no

Yo sigo sin entenderlo, si soy sincero. Además, casi nadie me cree cuando lo cuento, pero aquí va:

No he sido una persona buena, pero tampoco he decidido ser una persona mala. Las situaciones me han llevado a terminar siendo esto. Tampoco me quiero excusar del trabajo que tenía que realizar allí la tropa a la que pertenecía, lo único que quiero es agradecerle a esa cosa por perdonarme la vida. Fui el único sobreviviente de aquella pesadilla y tengo más que claro que la única razón de que aún esté vivo es que esa cosa quería que yo diera a conocer su sangriento mensaje. En este mundo hay cosas inexplicables, cosas que se escapan del entendimiento de los mortales. También hay cosas horribles que los mortales podemos replicar, pero cuando alguien o algo ha vivido entre el horror y lo inexplicable durante toda su existencia, su naturaleza es lo verdaderamente tenebroso.

No me siento orgulloso de decir cuál era nuestro trabajo en ese pueblo, siento que es darle razones a esa cosa para que nos atacara. Debe de entenderme, inténtelo, era la época más cruda del conflicto armado, la mayoría éramos jóvenes que no sabíamos más que seguir órdenes de superiores. Ese pueblo era aliado de la guerrilla. Enemigos. Por lo que nuestra misión era recuperar el pueblo y purgar a la población militante con el enemigo. Para mi este siempre había sido el ritmo de la guerra, pensaba que así siempre había sido esta mierda, belicosa, sangrienta y sin piedad. La operación se realizaría en la madrugada, nos adentramos por la zona rural, caminando sigilosamente en medio de cultivos de café, mientras nos acercábamos se percibía un frío que congelaba los huesos y una niebla que no permitía ver muy bien. Sentía la tropa muy callada, más de lo

normal. Así que me di la vuelta, pero no vi nadie, me había perdido. Todo lo que veía a mi alrededor era una densa niebla y unas siluetas solas que parecían mis compañeros replegados, igual de perdidos.

Estaba temblando, no sabría decir si por el frío o por lo particular que se había tornado la situación, yo soy de tierra caliente, ¿Qué mierda hacía en las montañas? De repente escuche el grito de mi superior: ¡Reagruparse! Apenas se enteraba de que la niebla nos había separado. Seguido de su grito se escucharon silbidos de ráfagas, así que me tire al suelo. De repente escuchaba los pasos de botas en marcha militar. Creo que todos pensamos lo mismo, nos esperaban. Una emboscada. Respondimos con todas las fuerzas que teníamos para defendernos, aunque estuviéramos cegados y separados. La niebla, el humo y el olor a pólvora eran solo uno. Cuando me quedé sin munición me arrastré hasta encontrar una roca contra la cual descansé esperando lo mejor con la llegada del sol. Temblando me dormí y al despertar a mi lado había un señor de barbas blancas con ruana y un zurriago, sin dejarme despertar por completo me dijo: “Algunos deben tanto que les toca pagar en vida, vos aún no” Y se fue caminando hasta desaparecer en la niebla. Cuando me levante entumecido por el frío busque a mis compañeros de tropa, pero a simple vista no había nada en el lugar, solo yo y una planta de café con los frutos más rojos que había visto. A medida que fui caminando me di cuenta de que el suelo estaba pantanoso, como si a esa pesadilla la hubiera acompañado una tormenta durante toda la madrugada, tan pegajoso estaba el suelo que me caí y coloqué mis manos en el suelo para frenar mi caída. Cuando me levanté, vi mis manos rojas, mire también mis botas y estaban impregnadas de un color carmín, ensangrentadas. El suelo se estaba bebiendo la sangre de mis compañeros.

Fue la última vez que tuve un uniforme puesto y que toqué un arma en mi vida, esperando no encontrarme con él de nuevo cuando se acabe. Por lo menos espero que me reconozca y me otorgue el humilde perdón del campesino que tomó forma cuando lo conocí.

Aimé Salinas

México

19 años

Halloween en tiempos de pandemia: Un nuevo monstruo al asecho

Anda caminando por las calles sigilosamente, atacando con sus picos verdes a quien se atreva a enfrentarlo. Y tú, ¿te atreves a retarlo?

El Halloween es una fiesta que la frontera juarense espera con ansias y sabes que llegó cuando el miedo por las calles se empieza a sentir al caer la noche, pues es más probable que el fantasma que duerme bajo tu cama despierte y te jale los pies. Si te asomas por la ventana, tal vez de reojo puedas ver volar a alguna persona en el cielo o escuches a los niños y jóvenes gritando por las calles pidiendo dulces con sus aterradores disfraces, pero detrás de esa máscara, ¿será un ser humano en realidad?

Todos los años, desde que inicia el mes de octubre, los disfraces se empiezan a preparar y las máscaras de payasos y hombres lobo están listas para salir del armario donde están guardadas. Algunas personas empiezan a adornar sus casas con arañas, murciélagos, telarañas y cadenas de papel de los colores anaranjado, morado y negro; otros deciden compran bolsas de dulces para repartir a los niños que se preparan para pedir “dulce o truco”.

En años pasados la población juarense ya tenía listas sus invitaciones para las fiestas tenebrosas y las casas de espantos ya estaban preparadas para asustar a quien se atravesase; Sin embargo, todo ha cambiado.

Este año las calles han sido invadidas por un nuevo espíritu maligno que atormenta a todo el mundo. Tiene a toda la población asustada porque a pesar de los múltiples intentos para detenerlo, aún no encuentran la manera de encerrarlo en el inframundo para siempre. Ahora nadie quiere salir para no tener

que enfrentarse con el demonio llamado Corona-Evil, que provocó que la ciudadanía usará las mascarillas del terror desde antes de que iniciará la época macabrona.

Este demonio, rodeado de cientos de picos sobre su redondo cuerpo, vaga por el aire de todo el mundo presumiendo su gran corona al tiempo que pregunta: “¿Te atreves a salir de casa?” Muchos lo han desafiado, pero se han quedado en intento, pues Corona-Evil ha absorbido sus vidas sin piedad.

Por los panteones desfilan las almas perdidas y en los hospitales las valientes almas cansadas que no se rinden en esta lucha. Ahora para algunas personas el miedo se mezcla con el dolor, la pena y la preocupación.

Esta pesadilla todavía no tiene un final escrito. Muchas y muchos siguen en la lucha contra Corona-Evil para tratar de derrotarlo, pero al parecer los resultados no son muy positivos. Por el momento, la población vestirá con las nuevas máscaras de terror que, al parecer, es lo único que puede protegerla de no ser capturada por el espíritu maligno.

José Rodolfo Espinosa Silva

México

30 años

La ruta 5 de Matamoros

La última pesera sale a las cinco de la tarde. La razón por la que termina su recorrido antes que otras rutas, aún sigue siendo un misterio por el que nadie se ha interesado en preguntar a alcaldía —y si lo han hecho, los han ignorado—. Las otras peseras terminan su ruta entre ocho y nueve de la noche. La obrera la termina a las 6:06pm. No obstante, se han llegado a ver microbuses de la ruta 5, a las siete, a las nueve, a las diez. La leyenda dice que quienes suben a alguno de estos, no vuelven jamás.

Es por eso que he decidido abordar. El conductor —un anciano de gafas oscuras— no me ha pedido el dinero, así que me he pasado sin pagar. Hasta ahora no hay novedad, hace la ruta normal, dando vuelta cerca de Lauro Villar. Somos cuatro pasajeros, una señora que usa short de mezclilla y medias de red, quien parece ser su hija, una niña delgada con uniforme escolar deslavado. Un señor con la cara llena de mugre, que sostiene una bolsa de papel en la mano, y quién ha decidido sentarse hasta atrás. Y yo, que vengo narrando en la grabadora de mi celular. Hemos llegado al centro. El conductor debía dar vuelta por la calle de los militares, no lo ha hecho así. No sé dónde estamos. Está muy oscuro afuera y está calle no parece tener alumbrado.

Le pregunto su ubicación al chofer, pero no responde.

Toda la luz desaparece. La pesera ha quedado en penumbra. Cuando vuelve hay un hombre alto sentado junto a la señora. Usa una gabardina y debe medir poco más de dos metros. La luz falla de nuevo. Al regresar no puedo ver ni a la señora ni a su hija, pero el hombre alto está sentado junto al vagabundo. Otro apagón, apenas unos segundos. Descubro con horror como ese hombre está sentado junto

a mí. Me mira. Tiene los ojos amarillos, como los de un animal... Voy a enviarte este audio. La luz está por apagarse.

Rubén Cerdá Berenguer

España

43 años

No ver para creer

¿Quién me mandaría unirme a esta locura? Yo y mi jodido afán por querer demostrar que no era un gallina. Maldita idea la de Carlos de acercarnos a los restos de la fábrica incendiada.

—A veces se oyen los gritos de los que murieron entre las llamas —dijo.

Por supuesto que no creo en esas cosas, aun así algo me apretaba la boca del estómago cuando íbamos a entrar, como a todos.

No sé en qué momento se torció todo. Hubo un sonido extraño, alguno de nosotros gritó y todos comenzamos a correr sin sentido entre los escombros. Mi linterna se cayó en algún lugar y se rompió. Vagué a tientas por el pasillo y encontré un pequeño rincón en el que me acurruqué. A medida que aquellas pisadas se acercaban mi corazón palpitaba sin freno y yo intentaba acallar la respiración para no ser descubierto. Aquellos pasos podrían haber sido de cualquiera, pero cualquiera de los que fueron aquella noche corría, en lugar de andar de forma pausada.

Los pasos continuaron acercándose, fuertes y seguros, imposibles en un suelo lleno de cascotes, cristales ennegrecidos y madera calcinada. Cerré los ojos cuando llegó a mi altura y poco a poco se alejó.

Nunca podré decir qué fue aquello porque no lo vi, pero os juro que a su paso las paredes se calentaron y apestaba a carne quemada.

Ana S. A.

España

27 años

Pareidolia

A Paula

Otra vez aquel rostro cadavérico y desfigurado lo miraba desde el rincón. Sus ojos eran ovalados y vacíos, como dos manchas negras; si se decidía, sin embargo, a aproximar su dedo índice, a arañarlo con empeño, si se atrevía siquiera a arrancar esas manchas, los grandes ojos oscuros y ovalados no desaparecían, ni cerraban los párpados: su escrutinio cobraba aún mayor fuerza, y mayor era también el terror que provocaba. La nariz apenas se percibía como una peca deforme entre los dos ojos, y la boca, como una nube de tormenta, parecía que iba a ponerse a hablar de un momento a otro con los labios estrujados, con una mueca de miedo, timidez y berrido infantil. La cara en la pared lo miraba constantemente. Solo una cara: sin cuerpo, sin voz, tal vez sin alma, sin vida. Las mejillas se difuminaban con el relieve del gotelé, pasado de moda, los ojos permanecían fijos en su inmensurable confusión, no existía pupila, no existía iris; la infinitud, el abismo más absoluto reflectaban allí adentro.

La primera vez que se enfrentó a su incesante mirada no supo cómo reaccionar: su cuerpo se volvió gélido de terror; aquel rostro como una calavera calcinada, aquel rostro que no se movía, que no respiraba, que se dibujaba en sombras pero que, de un modo u otro, conseguía mantener su forma primera. Lo miraba inquietamente, lo miraba con ganas de querer apartar la vista y a un tiempo incapaz de hacerlo. Un escalofrío le azotó la espalda al intentar moverse, tan brusco y rápido que no podía dejar de temblar. Ni siquiera la vigilancia constante de la víctima al verdugo bastaba para volver aquello un rostro familiar e inofensivo, un rostro que solo era pintura, que solo era una sombra proyectada, una ilusión. Aquella cara de inusitado terror continuaría acechándole por la

noche, inmersa en la oscuridad. Quizá no lo viera, con los ojos cerrados, pero sabría que la mancha seguiría allí. Ni la costumbre de las semanas, ni la de los meses podrían hacer desaparecer el rostro inevitable.

Antes de apagar la luz de la mesita, miraba la calavera; lo hacía ya con más calma, "Es solo un dibujo, una sombra", se decía, pero sin total seguridad: porque en el fondo temía quedarse a oscuras. A solas. Con aquel rostro velando su sueño. Le costaba despojarse de aquella idea, como si tuviese aún pocos años, como si aquella ridícula situación fuese la pesadilla infantil cobrando al fin forma, obteniendo la materia, los gestos, las facciones, para acecharle durante la noche, para aposentarse a los pies de su cama y estudiarle con sus ojos como abismos negros, y succionarle el juicio de los sesos. "Es solo una sombra, sensaciones mías". Pero no podía dormir. Sentía las gotas de sudor cayéndole de la frente; entre un hueco de las sábanas, vigilaba el rincón de la pared, la cara inmunda, la boca torcida en un gesto imposible.

Parecía sufrir. Como nubes hinchadas, cargadas de rayos y oscuras, aquella boca agonizaba. El hastío del calor arrojó las sábanas al suelo, y venció al miedo el pragmatismo. Se acercó aquella primera vez con un profundo resuello, mitad suspiro, mitad bostezo, miró a aquel monstruo de sombra a los ojos, lo retó por un breve instante. No temblaba ya ni un solo miembro de su cuerpo. Con asco, más bien, movió la papelera y ocultó la mancha. Pudo apagar las luces ahora, y pudo cerrar los párpados. Pero aquel rostro tenebroso sobre la pared, aquella boca deforme y desesperada, aquellos pozos ovalados que parecían no tener fondo, se proyectaban sobre el telón de su mente. Y en la oscuridad de la noche, a ciegas, se imaginaba, sin pretenderlo, una voz quejumbrosa, sollozos entrecortados, chirriantes crujidos. Y las sábanas, como en aquellos años de niñez, eran escudo, eran campo de fuerza, alcázar indestructible.

"Esto es una locura. Es solo una mancha, o un efecto óptico. Esos ruidos podrían ser cualquier cosa". Y una mano escapó de la central de seguridad, buscó a tientas el interruptor y devolvió la luz. Se acercó con aparente tranquilidad a la

mancha; la miró de nuevo a los ojos. Vaciló un instante, pero acercó su dedo, y rascó con tesón. Por primera vez lo comprobaba empíricamente y acudía a los hechos. Y el hecho era que no era una mancha, o la mancha no salía. Miró desde otro ángulo. El rostro deforme seguía estudiándole con su mueca de horror. Sin vacilar ya un solo instante tapaba el rostro diabólico con la palma de su mano, corroboraba, así, que aquel pequeño era un monstruo desdentado, que no tiraba su boca torcida y triste a morder.

Desde aquella noche no había podido dormir, no al menos como antes. Aunque ya iba acostumbrándose a la mancha, la sombra o lo que quisiera ser aquello, persistía siempre esa terrible sensación de ser observado, o del despertar de la conciencia de la propia locura, que no le dejaban despegar la vista de la calavera deforme y moribunda. Estaba allí. ¿Estaba allí, en el mismo sitio? Tenía la corazonada de que aquel rostro no desaparecería. La mancha seguiría en el lugar en que siempre había estado. Aunque desde esa distancia diminuto, notaba los ojos del monstruo en su dirección, sentía como si siempre vigilasen su sueño.

Pero si ya no dormía. Llevaba mucho sin poder dormir. Lo intentaba, pero se sentía en peligro, con aquel rostro de tinieblas siempre al acecho. “Una mancha, una mancha. Un efecto óptico. Una paranoia”. No creía sus palabras. Jamás las había creído. Porque estaba allí, a la vista. Aquel extremo caso de pareidolia le revelaba la verdad más amarga: no era capaz de olvidar. No era capaz de olvidar aquella mancha en la pared, aquella ilusión. Se había adueñado de su buen juicio. Obsesión. En eso se había transformado la pequeña anécdota. La mancha le revelaba una locura pintada ahora en otro lado de la pared, junto a su cama.

Otra vez aquel rostro cadavérico y desfigurado. En la habitación 407.

Everardo Flores Reyes

México

19 años

Refugio desolador

Un extraño sueño me despierta. Suspiro un momento. Creí haber muerto. Me levanto lentamente y me dirijo hacia la única hendidura que hay en la pared. Cerca del horizonte, entre varios pinos, un monstruoso cuerpo celeste me mira y me invita a salir. Imposible no admirar tan voluptuosa belleza. La sigo viendo durante varios segundos, pero es suficiente. No puedo seguir ilusionando a mis ojos de volver a ver una noche tan magnífica como la de hoy.

Antes de volver a recostarme, me pongo ropa más caliente y pienso en las posibilidades que hay de mantenerme con vida. Ya no hay comida, los animales día a día mueren congelados, la temperatura disminuye y la leña es escasa. “Soy hombre muerto”, grité desesperadamente.

Trémulo, me recuesto en un rincón de la cabaña, froto mis manos velozmente y recuerdo aquella fatídica noche.

Fabián, Silvia y yo, habíamos comenzado el viaje rumbo a la cumbre de la montaña. Llevamos suficientes víveres para soportar el invierno, porque nos enteramos de que varios viajeros morían apenas en los quinientos metros iniciales. Entusiasmados, caminamos en el pie de la montaña varios minutos, cuando de repente, como un estruendoso e inesperado rayo, un animal de dos metros de altura, uñas largas y dientes tan afilados como un hacha, arrancó la cabeza de Fabián a un solo movimiento. Horrorizados, Silvia y yo, corrimos deprisa a un árbol que estaba justo atrás de nosotros. “¡Es un lobo, Rafael!”, me susurro aterrorizada. Era imposible. “Los lobos jamás andan solos”, le dije.

Todo fue tan rápido, increíble de ver. Escuchamos gruñidos y jadeos. Tuve ganas de orinar. Aún sin comprender, en un acto de estupidez, Silvia corrió asustada

hacia un árbol que estaba del otro lado, pero fue alcanzada por la criatura. Escuché un solo grito. Fue un festival de sangre. Me resigné a morir.

Estuve alerta y en silencio durante varios segundos, pero se había ido. Me levanté temblorosamente y observé como la criatura se perdía por el valle. Nunca comprendí por qué no me encontró. Alterado, salí corriendo sin rumbo. Después de un rato, vi una cabaña desecha y me refugié. Desde aquel día el sueño ya no fue un amigo.

Durante los siguientes días, angustiado, observaba el valle buscando la criatura, pero ya no apareció. Fui saliendo poco a poco, recolecté algunas ramas de pinos caídos que estaban cerca, comí plantas y animales muertos que hallaba y bebí agua de un pequeño lago. Hace poco que aquellos lujos se han ido. Cuando el invierno aparece, lo arrasa todo. Tuve que improvisar con mi cuerpo.

Pronto amanecerá. Ya no tengo fuerzas. El miedo consume mi mente. La muerte sigue allá afuera, deambula en cada rincón, me tiene atado. “¡Se acabó!”, grité. “Ya no hay nada que pueda hacer, moriré solo en esta montaña”. Ya lo decidí, será hoy.

SOFII DLL

México

17 años

Silencios

Mi madre solía regañarme cada vez que hacía un ruido cuando padre se encontraba en casa, incluso cuando no, me encerraba en el closet al final del pasillo y solía mantenerme hasta que mi padre se marchara. Cuando por fin se iba, mi madre entraba por mí y me llevaba directo a la cocina, donde me preparaba algún buen platillo, desde simples verduras hasta días gloriosos en los que comíamos carne. Vivíamos en un departamento casi fuera de la ciudad, nuestra condición económica era bastante baja.

Un día, recuerdo bien que padre llegó antes de la hora habitual, mi madre como loca comenzó a cocinar, su apuro y prisa fue tan grande que olvidó de mí y que yo permanecía en el sillón donde normalmente mi padre se sentaba. Mi padre se posó frente a mí y de un jalón de cabellos me quitó de su lugar, éste soltó un gruñido como si de un animal se tratara y de mi parte un pequeño grito de dolor, mi madre pudo notar aquella escena y solo corrió tras de mí, me tomó y por fin me llevó a la cocina, solo me susurró "calla un poco y más tarde jugaremos" cuando por fin se alejó siguió con lo suyo, yo estaba muy aburrido y quería jugar o ver la tv pero aquel hombre estaba ahí, así que me levanté y caminé a la habitación de mi madre donde habían algunos juguetes de madera un poco viejos, comencé a jugar un poco yo solo, hasta que un ruido retumbó por todo el lugar, este al parecer provenía de la cocina, el ruido de una de las ollas de mi madre cayendo al suelo, corrí hacia el lugar y la escena era algo difícil de digerir. Vi cómo mi madre era golpeada por mi padre, vi cómo sus lágrimas caían desde sus ojos a sus mejillas. Comencé a gritar "madre" mientras veía aquella escena, cada vez gritaba más fuerte, hasta que el hombre volteó a verme y ya venía hacia mí, corrí a aquel closet, me encerré y me quedé viendo que la puerta era forcejeada

para abrirse, hasta que por fin fue abierta, él me tomó de la camiseta y me levantó, me acercó tanto a él que un olor infestado a alcohol provocó náusea en mí, pude ver sobre su hombro cómo mi madre caminaba con dificultad tras de él con un cuchillo de la cocina, cerré los ojos esperando una de dos cosas, un golpe de mi padre por su puño o contra el suelo, el momento tomó lugar al segundo golpe, mi cuerpo retumbó al suelo y decidí no abrir los ojos al escuchar sonidos bastantes húmedos y asquerosos. Al terminar los sonidos, mi madre me cubrió en sus brazos y me susurró "calla y no abras los ojos" me cargó y me llevó hasta una habitación donde escuché el sonido del agua, al parecer era la regadera, mi madre comenzó a bañarme y me llevó a cambiarme, me dijo que me mantuviera hasta la cena y que obedeciera, esta vez no deseé hacer ningún ruido, no quería que mi padre despertara así que jugué en silencio hasta la cena.

Eso pasó hace dos semanas y desde ese día padre no ha vuelto a casa, mi madre dice que está en un viaje por el mundo, será bueno, tal vez se relaje y olvide lo que sucedió, tal vez se siente culpable ya que desde ese día mi madre y yo hemos comido carne, dice que papá la manda diario. Ahora mi madre ya no me deja entrar al closet, aunque no lo deseo ya que de ahí proviene un olor a putrefacción.

Irene Esteban Narciso

México

36 años

Hora cero

Estábamos cerca de la ventana, esperando el amanecer. Balam golpeaba repetidamente con las yemas de los dedos sobre el vidrio. — ¡Si quieren ya váyanse! —dije, aunque no quería quedarme sola.

Maite, a tientas por la habitación oscura, se dirigió a la puerta, Balam y yo la seguimos. Atravesamos el corredor alto y estrecho en el que nuestros pasos se apagaron.

Los acompañé a la salida que daba a la carretera de terracería. En eso, se acercó un hombre muy delgado. Pude ver su rostro negro por el frío de la madrugada. Los cabellos húmedos se le pegaban sobre la frente y sus ojos brillaban con urgencia.

—Buenos días —dijo y de su boca escapó un vaho cálido y fétido.

—Buenos días —respondí, haciéndome hacia atrás.

—¿Tendrás una pala que me prestes? —dijo agitado.

—En esta casa no hay herramientas. —respondí.

Pero, justo en ese momento, Maite le entregó una pala y un zapapico. El hombre sonrió.

—Gracias. Llevo toda la noche tratando de quitar la tierra del camino tan solo con esto.

Extendió sus manos moradas. Las uñas largas, llenas de tierra colorada típica de la región. Lo miré de arriba abajo. Sus zapatos estaban llenos de esa tierra chiclosa. Se apresuró a explicar:

—He caminado mucho. Nadie ha querido prestarme una pala, todos dicen que no tienen. ¡Qué bueno que ustedes, sí! La tierra que ha caído del cerro es mucha. ¿Escucharon el derrumbe? —iba a decir que no, pero continuó— Pronto estaré del otro lado. Debo llegar antes del amanecer.

Se echó al hombro las herramientas y se alejó corriendo por la vereda donde había un viejo roble; tuve la impresión de que lo había atravesado.

—¿Vieron eso? —dije casi gritando.

Ni Balam ni Maite me escucharon; ellos también se habían ido. Justo en ese momento, el sol se asomó en el oriente.

Silvia M Vázquez

Argentina

57 años

Desde el fondo

Tarde de otoño ventosa. La lluvia no quería asomarse y la tierra parecía talco que se pegaba a la ropa. Tarde de mate y charlas. Así comenzó él a contar la historia tan extraña.

Habían trasladado a mi papá a un puesto policial abandonado, en las Salinas, La Pampa. a cinco kilómetros de toda civilización.

Llegamos ahí, mi madre, mi padre, mis tres hermanos y yo. El menor era apenas un bebé que gateaba sobre el piso áspero del puesto, que años atrás había albergado a otra familia, de la que nadie quería acordarse.

Días después de haber llegado, mi padre ya había asumido su cargo, y la familia estaba dedicada cada uno a sus tareas. Cuando mamá se preparaba para darle de comer al bebé, escuchaba a lo lejos el llanto de un niño. Corría, pensando que mi hermano la reclamaba, pero al acercarse, lo veía dormir profundamente.

Tal vez creyó que le faltaba acostumbrarse a los ruidos de la casa, alejada de todo, o que debía recorrer cada rincón antes de quedarse sola con los chicos.

Al frente, una cocina precaria: mesa, sillas, un aparador de madera traído de Catriló, propiedad de mis abuelos. Detrás las dos habitaciones. En una dormíamos los varones y en la otra mamá y papá. Un bañito poco cómodo y el patio. En el fondo, un cerco de ligustres dividía la casa del puesto, y en el medio, un aljibe en desuso, un balde oxidado y agujereado.

Jugábamos en el patio de baldosas gastadas por el viento salitroso y rodeados de altos pastizales que nos servían de escondites secretos durante las tardes de siesta.

Mamá fregaba la ropa en el piletón alto y decorado con venecitas color tierra que estaba en el fondo.

Otra vez la hora de la comida del bebé, otra vez el llanto.. Corrió hasta el dormitorio y dormía plácidamente. Pensó que estaba volviéndose loca por el poco contacto con la gente y decidió comentarlo en la cena.

Atentos a la charla, mis hermanos y yo dijimos que también habíamos oído aquel llanto, pero ninguno de los tres habíamos ido a ver si era el bebé.

Al menos coincidíamos en que mamá no había perdido el juicio. Mi padre escuchó atento pero, como hombre de pocas palabras, no hizo comentario alguno.

El fin de semana decidió ir hasta el pueblo por provisiones. Allí. Comenzó a charlar con la gente y a averiguar algo acerca de los antiguos habitantes de la casa. Un par de parroquianos que estaban sentados tomando una ginebra, largaron la lengua:

-Aquel puesto estuvo deshabitado por años. Nadie quería ir ahí, y menos vivir, después de lo que se decía...

-Bueno, pero ¿qué se decía?

-Ud. ya va a saber. Lo único que le digo es que es de veras- dijo el más sobrio- es de veras lo que decían. Por algo “ellos” se fueron tan apurados.

-Es que eran medio raros, vio...Casi no salían de ahí.

Mi padre esperó a ver en qué terminaba la historia. Pero quedó en eso. El hombre salió del bar y nunca más lo vio.

Volvió a casa decidido a revisar a ver si encontraba algo extraño. Su día franco lo dedicó a la limpieza que faltaba por la mucha atención de mamá hacia nosotros. Cuatro varones eran bastante ocupación. Sacó de las cajas lo que quedaba por ordenar y acomodó cada cosa en su lugar. Había pasado un largo rato. Se acercaba la hora de la comida. Él mismo oyó el llanto del bebé.

-Dije que yo me ocupo, ud. vaya preparando la mamadera que la llevo yo.

Fue al cuarto, el bebé dormía boca abajo, y nosotros estábamos en el patio de atrás jugando con autos viejos y puentes hechos con maderas y ramas.

Cerró la puerta, pasó por la cocina, siguió al fondo. El llanto se oía cada vez más cerca. Ya no se escuchaba desde adentro, sino desde afuera.

Se acercó al aljibe. Allí, el sonido se hacía más estridente y ronco. El bebé ya lloraba como con un dolor particular.

Volvió adentro. Sacó el farol de la cocina y volvió al patio. Con fuerza, corrió la tapa que cubría el aljibe abandonado. Mamá salió detrás de él. En un rato, estábamos rodeándolo como si adoráramos a un Dios inexistente.

Aquella noche nadie durmió. La policía seguía hurgando. Nosotros, en la cocina, agazapados, tomamos el desayuno. Mi hermanito, dormía en su cuna. Seguíamos oyendo el llanto del niño detrás de los ligustres del patio.

En la cocina, papá le cebaba unos mates al oficial venido de Catriló, mientras le mostraba los recortes muy amarillos del “Arena” que decían “Extraño caso de bebé desaparecido en Las Salinas”.

Angye Rodríguez

México

17 años

El bucle

“... Se dice que ese parque está embrujado, siempre hay asesinatos por sus alrededores y jamás se encuentra rastro del culpable...”

El relato de Karla retumba en mis oídos, es bastante cruel de su parte que haya inventado una historia tan espeluznante del parque por el que siempre paso al regresar a casa, sobre todo porque tengo que caminar por aquí de noche.

Falta una cuadra para llegar al mini bosque de esta ciudad, no puedo evitar empapar mi frente en sudor y sujetar fuertemente los tirantes de mi mochila azul marino. Ya veo los primeros árboles que están cruzando la calle, tomo la decisión de pasar las siguientes dos cuabras corriendo sin mirar más allá de mis hombros.

Voy a medio parque; escucho los sonidos de las ramas de los pinos frotándose, siento el corazón en la garganta, están mis ojos enajenados en lágrimas y ya no distingo más allá de mi nariz.

De repente, caigo fuertemente contra el pavimento, la velocidad que llevaba con el impacto es suficiente para que caiga de espaldas y ruede sobre el suelo de relieve pronunciado. El miedo me pone alerta, abro los ojos, hago un esfuerzo por ver en la oscuridad y distingo a una joven mareada con ropa deportiva, al fin entiendo que ambas veníamos corriendo y chocamos.

Me levanto como puedo, alisé mi falda para deshacerme del lodo que se pegó a mí, intento disculparme con la muchacha de recién, a lo que ella me contesta:

-¿Estás enojado? — Se levanta como resorte y corre a una rapidez desorbitante.

«¿Preguntó que si estaba enojado? Soy mujer ¿Por qué me preguntó eso?»

No comprendo que es lo que ha pasado, pero es lo suficientemente extraño como para que quiera salir corriendo de aquí.

Decido doblar a mi izquierda y emprender la carrera para atravesar el parque lo antes posible, siento como mis pies vuelan, en cualquier momento podría tropezar de nuevo con estos zapatos de charol.

Al fin he llegado a la esquina de este infernal arbolado, cruzo la calle y me doy cuenta que los pinos de recién nuevamente están ante mí. Otra vez estoy aquí teniendo que cruzar este inmenso parque.

En mi mano derecha tengo un cuchillo, ¿Por qué? ¿De dónde ha salido?, no importa, solo lo mantendré conmigo en caso de una emergencia, esta vez voy caminando más cautelosamente, tengo que cerciorarme de atravesar el parque... Aquella joven deportista viene corriendo hacia mí, esta vez no chocaremos.

Se detiene al verme, yo también lo hago, corre en sentido contrario y yo estoy siguiéndola. No entiendo nada, ¿Por qué estoy persiguiendo a esta chica? Yo solo quiero volver a casa.

La estoy alcanzando... mi mano está empuñando el cuchillo... ojalá que se tropiece. Hay una deformidad en el suelo. Excelente se ha tropezado.

Me aproximo hacia ella con el arma por delante, la he apuñalado, la sangre brota por su espalda, es difícil sacar mi instrumento filoso de su cuerpo, se ha atorado en algo, lo saco bruscamente y ella pega un alarido de dolor, se está arrastrando como gusano, la dejo andar un poco más, con cada movimiento su respiración se alborota.

Casi ha llegado a la esquina, no puedo evitar reír al verla estúpidamente pelear por su vida, ¿Acaso cree que sobrevivirá? Me aproximo y la apuñalo nuevamente, esta vez dejaré el cuchillo brincando en su carne, enzarzándole las entrañas, causándole gimoteos incesantes. Cada vez sus movimientos son más torpes,

patea sin avanzar, ya no puede soportar el dolor, luchó bien, hemos llegado al final de la banqueta, otra vez.

Abro los ojos y de nuevo estoy aquí, contemplando la lámpara que alumbra el inicio de esta pesadilla interminable, de este bucle sin sentido que me impide llegar a mi hogar. De pronto me entran unas náuseas horribles, no puedo borrar de mi cabeza los chillidos de aquella chica, ¿Cómo podía pensar que eso era divertido? ¿Cómo fui capaz de hacerle eso a un ser humano? Estoy absorta en mi miedo, no puedo caminar, me tiemblan demasiado las piernas, ya no tengo el cuchillo, pero si el raspón de la caída cuando conocí a la chica, también la sangre de cuando la apuñalé a sangre fría.

Estoy moqueando, no puedo evitar llorar, ya no quiero pasar por este parque endemoniado, pero tampoco puedo cruzar la calle, hay una especie de niebla que no me deja ver más allá de la banqueta, lo único que me queda es andar hasta morir.

Seguramente me veo como un zombie que cojea, lleno de sangre y gimoteando sin cesar. Me duele demasiado la cabeza. De nuevo estoy donde siempre encuentro a la chica, ya nada me sorprende, otra vez se arrastra por su vida, está dejando un camino de sangre, pero no soy yo la que sostiene el cuchillo, es un hombre de negro, alto y fornido, quien ríe al verla patalear.

—¿A caso crees que sobrevivirás?

Fue lo mismo que yo pensé cuando la vi luchando por su vida...

Ella dejó de patear, su cuerpo descansa en el suelo empapado de sangre y lágrimas. El hombre se ha agachado para comprobar su pulso... me mira con una sonrisa burlona y al fin entiendo.

Mis ojos desorbitados no pueden creer lo que están viendo, mi cadáver está tirado en el suelo, en el mismo lugar en el que caí cuando conocí a la chica, me golpeé

la cabeza con una roca. Me tiento la herida y siento el hilo de sangre corriendo por mi cuello.

De pronto llega la chica llorando, supongo que ella también vivió el bucle a su manera, se tira llorando al ver su cuerpo duro y frío en el pavimento. El hombre se acercó a ambas, a la muchacha la tomó violentamente del cabello para que se levantara y nos tiró hacia el parque, nos incrustamos dentro de los árboles, la madera se nos mete por las entrañas, siento los pulmones llenos de astillas, pero no podemos morir dos veces, nos quedaremos aquí, sufriendo en la muerte mientras nuestros ojos observan como otras personas sufren el bucle.

Alberto Moreno Calderón

México

67 años

Calavera de despedida

Con gritos lastimeros gritaba la Llorona,

Por todo el Reino del gran Moctezuma,

Sabedor de la desgracia que traerían los Teules.

¡A dónde los llevaré hijos míos!

Para no llenar con su sangre lagunas y ríos

La carne y los huesos sucumbieron; el espíritu de mi raza no se dio la conquista por el hierro , la encomienda y Religión.

Mas siempre estuvo en la mezcla de razas la esperanza de la emancipación.

Nadia Yazmin Moreno Espinosa

México

25 años

Nelapsi

Luna llena, de noche, cuando los seres oscuros más temibles del universo salen a atrapar las más sensibles y temerosas víctimas, gnomos, duendes, hombres lobo, brujas y demás seres malignos se alimentan de la noche, del temor de los simples humanos, se unen los no-vivos, la noche se hace eterna, la oscuridad rota te abraza, odio y terror gritan juntos, ¡muere!

Despierta Nelapsi, después de dormir por 100 años, tiene hambre de sangre, el dolor está mezclado con la alegría, hay una lluvia de tristeza, todo mundo siente su presencia, el fin se acerca, él por fin despierta, va por su primer víctima, rey de vampiros, después de desangrar a su víctima, llama a sus demás hijos: ¡salgan, salgan donde quiera que estén!, él solo quiere beber, beber sangre, sangre tuya, se siente bien, muy bien.

Los demás vampiros salen en su llamado, empieza la masacre, familiares cercanos muertos, el aroma del cigarrillo, aliento y suciedad, escuchando con oídos tapados, el sonido de una cuna meciéndose, ya no queda nada solo Nelapsi, rey de vampiros, seductor, toma a sus jóvenes víctimas por su desnudo cuello, empieza a succionar, la sangre brota como río, él se detiene, ella lo ama, él también y cuándo cree más no poder sobrevivir su amada Tlacique le da a beber de su sangre, para hacerla vampiresa ella bebé, es ahora su creación, se unen, reinan contra todo y contra todos, comienza la matanza, ellos siendo inmortales lo único que les queda es controlar a toda la población del mal, después de acabar con los humanos, lo consiguen, su reinado es perfecto, pero aún quedó vivo un humano, se acerca a Tlacique enterrándole una estaca en el pecho, muriendo así instantáneamente.

Nelapsi más enfurecido que nunca, jura matar a la demás población sobreviviente, lo logra, pero él sigue siendo infeliz sin su amada Tlacique, ya nada es igual, prefiere morir a estar sin ella, se toma la última gota de sangre, y se clava una estaca en el pecho diciendo: maldigo a toda la estirpe humana, les inculca parte de su propio ser, sed de sangre, de odio, de muerte y de destrucción, muere pero a la vez su esencia permanece en todos los humanos que aún sobreviven, no tarda mucho para que el efecto se lleve a cabo, guerra, sangre, dolor, el hombre contra el hombre mismo, el hombre ha visto a su verdadero enemigo.

Héctor Nogard

México

24 años

Carne

Respiré.

Observé a mi alrededor. Me aseguré de que ninguna persona tuviese los ojos sobre mí. Hoy en día la sociedad ya no tenía piedad ni empatía, no se respetaba la cultura o modales de los demás. Nos estábamos convirtiendo en simios escandalosos que gritan por atención a través de redes sociales. Ahora, nos recriminan a los introvertidos, a quienes somos educados con el prójimo sin esperar algo a cambio, y quienes no causan alboroto a plena luz del día.

Volví a respirar, disimuladamente. No podía permitirme suspirar, o respirar hondo.

Traté de calmarme.

Cerré la boca. Desvíe la mirada, ya había pasado varios segundos con los ojos clavados en un solo punto. Me concentré en mi plato, en mi inmundada comida.

Creí que una vez me graduara, tuviera un trabajo de ocho horas y me consiguiera más de esos pasatiempos banales que tenía la gente regular, como asistir al gimnasio o hacer una segunda carrera o maestría, mi mente estaría ocupada todo el tiempo y dejaría de sentirme hambriento.

No. No era posible que se tratara de un mero capricho. Los deseos eran para los niños, y yo lo había dejado de ser hace mucho. Tenía que ser una necesidad. Comer es una necesidad, una fisiológica. Si no comes, no nutres a tu cuerpo para que este siga moviéndose, para que siga viviendo. Aunque, era confuso, porque, era posible sustituir ciertas cosas por otras y obtener el mismo resultado de nutrientes, o variando las porciones entre platos, o variando las vitaminas

contenidas en comida fresca o tratada, por no mencionar el excepcional control sobre las grasas que algunos tenían en su alimentación. Pero, comer era solo completar una necesidad para seguir viviendo, es decir, comer lo que estuviera a tu alcance, lo que pudieras era suficiente para cumplir la cuota. Elegir la comida, entonces, debía ser un capricho. Buscarla sin sentir el estómago vacío era un capricho. Renegar de que no nos gusta algo era un capricho, por no decir un pecado. Desearla era un capricho. La gula era un capricho, y la gula es un pecado, por lo que, si he de ser acusado de algo, debía ser por la gula. Elegir, desear, renegar de la comida, es una necesidad creada, y una necesidad creada, es un pecado.

Yo estaba al borde de la desesperación. Me sentía indefenso, como cuando era un niño. No hacía falta recordarlo, porque estoy seguro de que estaba viviendo lo mismo en estos días. Se me dificultaba conciliar el sueño, y tras dos horas como mínimo de no poder cerrar los ojos, por fin conseguía dormir. A los sesenta minutos despertaba, y tenía que levantar la cabeza y ver hacia la oscuridad de mi cuarto para comprobar que aún era de noche. Al igual que en aquellos tiempos, las largas paredes de la casa de al lado dejaban a mi pobre ventana con la única función de dejar entrar aire fresco, y eso era los días en que la fundidora y el basurero ubicados al otro lado del riel no funcionaban. Aún culpo a ellas por la enfermedad de mi hermano; una víctima más de aquellas enfermedades que te impiden vivir con lo más bello que tiene el ser humano: El libre albedrío. Siempre dejaba la luz del pasillo encendida, pero eso no ayudaba a acostumar mis ojos lo suficiente, porque, mi mente seguía trastornando todo alrededor. Las camisetas sucias apiladas, eran un montón de pequeñas serpientes que luchaban entre sí, unas encima de otras, por desenredar sus cuerpos unos de otros, o quizás se estaban apareando frenéticamente en una orgía sobre mi sillón. Los viejos DVD en el mueble, eran serpientes que caían infinitamente en cascada, para después arrastrarse por el suelo hasta algún rincón que era inaccesible para mis ojos. Las cortinas: Serpientes colgando del cortinero, siseando y meciendo sus cabezas para alcanzar mi sudoroso cuerpo protegido por mis cobijas. La guitarra

colgando en la pared, una serpiente gorda que esperaba a que me quedara dormido, para avanzar lentamente y engullir mi cuerpo, iniciando por mis desaseados pies hasta terminar con la maraña de cabello que tenía y agradecía me permitieran aún usar en la oficina.

Pero, ¿Por qué debería asustarme? Eso era hipócrita, porque, ellas eran animales, y yo era lo único que había en esa habitación. Era lógico, natural, que me comerían. En todo caso, yo era el único pecador, el único monstruo entre las sombras.

Y es que, ahí estaba de nuevo, en el comedor del trabajo, en la cafetería a donde iba con mi hermano, en el restaurante bar favorito de mi grupo de amigos, en el gimnasio, en la oficina, en los fines de semana, en las noches, en los restaurantes, en el hospital, en cada esquina. En cada silla, había carne.

A veces sentía que no podría contener la salivación, o los suspiros. Era la carne. Era ese pedazo de piel, cartílago, músculo, grasa, hueso. Era esa carne aplastada, oprimida, forzada, apretada, esclavizada, estrujada, apachurrada contra la base de la silla. Carne que se extendía por milímetros, o más jugosa aún, por un par o tres centímetros. Era enervante pensar llevar el tenedor hasta ella, clavarlo en esa blanca y delicada piel, y luego llevar el cuchillo y cortar un pedazo de carne, que debía ser suave y viscosa, que tendría que masticar lentamente para poder digerirla sin atragantarme, y que bajara por mi tráquea, dejando un rastro que iba desde mi boca hasta mi estómago. Deliciosa carne fresca, con un olor celestial, con la textura que debía tener la carne de los ángeles que dios (el que fuera) devora.

¿Por qué los humanos somos tan despreciables? ¿Por qué tenemos que pervertir nuestros propios seres, obligándolos a caer en la tentación de las necesidades creadas?

¿Por qué no podemos ser como los animales, sin pensar, sin desear?

¿Por qué no podemos saborear la carne sin caer en el pecado?

Norma Minniti

Argentina

61 años

Chica de arena

Como todos los sábados a la tarde en que el Instituto de Investigaciones Oceanográficas quedaba vacío, Luz y sus amigas bajaban a la playa. Les gustaba la privacidad del lugar, podían hacer topless sin la mirada de curiosos y entrometidos. Bajaban por una escalera natural en las rocas que hacía de vertedero para arrojar el producto resultante de la degradación de polímeros que el Instituto recogía del mar y devolvía en sustancias inocuas restituyendo a las playas su belleza natural.

Luz resbaló y cayó por la escalera. Una herida cortante lastimó su nalga dejando en los cortes restos de la arena que se vertía. *“Que no se te salgan las siliconas de la cola”* bromeó Marina. La joven lavó su herida con agua de mar, le ardía así que dejó a sus dos amigas nadando mientras tomaba sol. Miró de costado, la herida sangraba y despedía pequeños globos, como si fuese un líquido en ebullición. Su nalga se hundía como antes de la cirugía. Se sentía afiebrada, un vértigo recorría su cuerpo. Quiso mirar nuevamente, pero la vista se le nubló como si no le hubiesen suplantado el cristalino por lentes intraoculares. Comenzó a angustiarse, sus amigas no volvían y ella ya no podía ver, tampoco podía caminar, era como si su rótula artificial hubiese desaparecido. Deslizó las manos buscando sus pechos: se habían desvanecido.

Presa del delirio se arrastró buscando las escaleras. Todo su ser ardía, sus prótesis se desintegraban y las moléculas resultantes iban a todo el organismo por el torrente sanguíneo. Una reacción descontrolada disgregaba cada órgano de su cuerpo. Un grito ahogado fue su última voz. En cuestión de minutos su cuerpo pasó a ser una masa informe que se retorció como un gusano en su

crisálida. Lo último en desaparecer fue la piel que se fragmentó una y otra vez como un leño crepitante dejando escapar miles de burbujas.

Un montículo de arena fue lo único que encontraron sus amigas al lado de su bikini. La policía y la prefectura la buscaron por más de una semana sin hallar el menor indicio. Cuando todo se hubo calmado uno de los investigadores del Instituto tomó muestras de las arenas. Él siempre se quedaba hasta tarde, las jóvenes nunca lo habían visto, él las espiaba. Había observado cómo la chica se desintegraba. Antes de bajar tiró sus lentes de contacto a la basura, descartó el uso de uno de los trajes de laboratorio y se aseguró que toda su ropa fuese de puro algodón. Según sus cálculos, su creación, el compuesto inteligente que detectaba polímeros y los convertía en moléculas simples, se había tornado incontrolable y el océano lo llevaría a todas partes del mundo...

Jorge Isaacs Quispe-Correa Angulo

Perú

48 años

La herencia

Después de un largo tiempo el juez ha dado por concluido el proceso para determinar a los herederos de la abuela Isabel. ¡Esa vieja tacaña nos ha hecho esperar demasiado! Tras escuchar mi nombre, oculto en mi algarabía el miedo de saber que he heredado su preciado anillo de oro. Sí, el mismo que usé para que se atragantara cuando decidí matarla.

Mauricio Lozano

Perú

37 años

El ritual

Una habitación sin luz y un grupo de cuatro amigos de barrio, que formaban un círculo de cabezas en medio de una mesa cuadrada. Divisaban una vela que alumbraba un cristalino vaso con agua, y en medio de todo esto, uno de los muchachos dijo:

—¡Entonces! ¿Quién será el primero? —preguntó Adrián que era el mayor de todos.

—¡Yo seré!... —dijo Roberto, quien había sido el principal incitador de la ejecución de este rito.

—Bueno, haz el llamado y vemos qué pasa... —comentó Adrián mirando fijamente con suspenso el diáfano vaso.

La vista de los muchachos se fijó en el vaso, al mismo tiempo que Roberto, empezó a leer unos párrafos de un viejo libro de magia negra. La vista de los jóvenes permaneció por unos instantes en aquel vaso lleno con agua. Al poco tiempo se dieron con decepción que no transcurría nada. No podían ver nada del presente; nada del pasado; ni del futuro en el fondo de aquel vaso. Decepcionados al ver que no ocurrió nada de lo que se imaginaron. Dejaron todo a un lado y se quedaron viéndose las caras por unos segundos. Repentinamente uno de los adolescentes rompió el silencio.

—¡Esto es una tontería! —gritó Alexis, quien era el dueño de casa, y a quien sus padres lo habían dejado solo esta noche. Y llamando a su pequeña tribu de barrio a reunirse hoy, tuvieron la idea de hacer este ritual.

—¡Enciendan las luces y veamos una película mejor!... —comentó Adrián—. ¡Sabía que estas cosas nunca funcionan! ¡Todo esto es una gran estupidez! — agregó con un tono de enojo y frustración en su voz.

Repentinamente luego de un minuto al prender las luces del cuarto, todo se oscureció. Dejando a los muchachos asustados en total tinieblas.

—¡No pasa nada muchachos!... ¡Es solo un corte de luz!... —dijo Alexis.

—¡Esperen!... ¿Y si solo fue aquí el corte? —mencionó Junior quien era el menor de todos y en su voz se notaba el miedo.

Repentinamente, volvieron a prender la vela, y en pocos minutos, siguieron en la práctica del ritual. Pero esta vez, Alexis al decir las palabras. La vela se apagó y al mismo tiempo algunos ruidos se empezaron a escuchar, sonidos terroríficos de una bestia alimentándose. Todos comenzaron a gritar de espanto al oír aquellos ruidos, y al encender Adrián un palillo de fósforo, vieron con terror como un ser demoníaco se tragaba a Roberto desde la cabeza hasta los pies, derramando la sangre del muchacho por todo el piso.

Brayan G. A.

México

18 años

Mi amigo Hully

Mi nombre es Yusei y yo al igual que la mayoría de niños cuando son pequeños tienen un amigo imaginario, pero necesito decirles que el mío ha estado conmigo desde el momento en que abrí los ojos, a diferencia de los demás niños que lo crean cuando echan a volar su imaginación, él siempre ha estado conmigo, pero había algo raro en él, algo tan extraño que yo no entendía, pero les contare poco a poco, por eso están aquí.

Primero déjame contarte un poco sobre mí, mis padres son Helena y Matías, yo nací el 14 de abril y según lo que me cuentan mis padres antes de que yo pudiera abrir los ojos y ver lo que me rodeaba, yo era un bebe muy extraño, pues podía reírme como un loco de tanta felicidad, pero 5 segundos después me llenaba un llanto incontrolable, pero mi llanto no era común y corriente, era más como cuando un bebe está muy asustado o como si lo estuvieran lastimando. En fin yo era muy pequeño como para recordar lo que pasaba, lo que si les aseguro es que nunca olvidare cuando lo vi por primera vez, no puedo describirles su apariencia, aunque me gustaría hacerlo no puedo, no me lo tomen a mal pero Hully cambia constantemente de forma, un momento es una sombra algo borrosa, o una simple esfera de luz, el más adorable conejo, o el payaso más alegre que se puedan imaginar, pero eso no importa mucho, siempre recordare el primer día que lo vi pues era como una silueta pero estaba dividida en dos partes, la primer mitad era como una tonalidad azul, parecida a la del cielo cuando está despejado y solo tiene unas cuantas nubes alrededor, ese tipo de cielo que cuando lo vez te llenas de calma y felicidad, pero la otra mitad era todo lo contrario, simplemente su aspecto era una especie de sombra entre negra y morada, a simple vista se veían unas luces que parecían ojos rojos carmesí que me observaban, Hully nunca se ha

vuelto a transformar así, pero recuerdo que me dijo –El día que me vuelvas a ver así estarás listo- el verlo y escucharlo fue como una estocada al alma pues su voz daña mucho miedo, la verdad hasta la fecha sigo sin tener la mínima idea de a que se refería pero supongo que será importante.

Después de decirme esas palabras no volvió a hablar hasta que cumplí un año de edad, y lo que me dijo fue –Hola Yusei ya es momento de empezar a conocernos, mi nombre es Hully, de donde vengo o que soy yo no es importante, lo que importa es que yo estaré contigo- obviamente yo no podía hablar pero él parecía estar conectado con mi mente, podía ver mis ideas, pensamientos, emociones, lo que sentía, de esto me di cuenta porque me sentía muy nervioso y me pregunte -¿Por qué estás aquí?- y él me respondió, -Estoy aquí por muchos motivos, pero el principal es que voy a estar contigo y voy a ser como un amigo para ti, pero siempre estaré cambiando de forma así te guste o no una de mis formas-.

Pasó el tiempo y conforme yo iba creciendo cada vez podía hablar mejor, pero mi amigo tenía algo muy especial que los de los demás niños no. Hully era tan real que se podía sentir, su pelaje, su ropa, hasta su olor, pero lo más extraño que tenía es que según lo que me contaba se alimentaba del miedo, y sé que para algo lo debe querer pero nunca me ha dicho para que, y lo mejor para mí era que él puede darme dulces, pero no cualquier clase de dulces, estos dulces solo los tenía Hully por más que se los he pedido a mis padres no los encuentran, no sé cómo puedo describirles su sabor, pero es algo único. Solo había una condición para esos dulces, por ningún motivo alguien que no fuera yo debía comerlos, por mi está bien, de todos modos no quería compartirlos con nadie, pero tenían una cosa muy extraña ya que cuando los terminaba se sentía como una embestida de miedo combinada con tristeza y desesperación, pero no importaba porque el sabor de esos dulces es algo increíble. Yo recibí educación particular en el kínder por lo que `nunca salí de mi casa y por lo tanto jamás conocí a otros niños en ese entonces. Ya les he contado lo más importante que deben de saber así que avances en el tiempo a cuando entre a la primaria.

El día en que fui a la primaria por primera vez Hully me dijo, -Escúchame con mucha atención, a partir de ahora estarás en contacto con muchas más personas, te diré unas reglas básicas sobre nuestra amistad, la primera es que nunca le deberás de decir a nadie sobre mí, la segunda que los dulces que te doy son única y exclusivamente para ti, y la tercera si rompes una de estas reglas abra un castigo muy importante para ti- no entendí a qué se refería exactamente pero yo asentí con la cabeza de que había entendido.

Creo que tenía cinco años y yo no era de esos niños que no hacia amigos y se la pasaba todo el tiempo solo, bueno es un decir porque como me dijo aquella vez Hully siempre ha estado conmigo, creo que también por eso no tenía amigos debían de tomarme como un loco porque siempre hablaba con Hully, hasta que un niño llamado Fernando empezó a hablarme y poco a poco nos fuimos haciendo amigos, parecía que a Hully no le gustaba que el fuera mi amigo, la verdad no creo saberlo pues nunca me ha querido decir. Fernando y yo nos hicimos mejores amigos, recuerdo que esto nunca le gusto a Hully pero no dijo nada como tal.

Cada día que pasaba con Fernando la forma de Hully se ponía algo oscura y sombría y la verdad daba algo de miedo, pero él y yo seguíamos llevándonos bien. Un día cometí el terrible error de hablar de Hully además de compartir uno de los dulces con Fernando, han pasado dos años desde eso y aun me sigo arrepintiendo, después de que Fernando se comió el dulce, Hully se enojó tanto que su mira cambio de inmediato y se puso detrás de él solo para clavarle por la espalda algo similar a una punta afilada justo enfrente de mí. Exactamente en cuanto hizo eso Fernando cayó al suelo, y no se levantó, lo último que supe de él fue que se lo llevaron en un ambulancia al hospital, pero Hully me dijo -Lo que le paso a Fernando fue tu culpa ya conoces las reglas, solo tú sabes de mí y de esos dulces- desde entonces he vuelto a estar solo y creo que es lo mejor porque ahora le tengo la misma cantidad de miedo que de confianza a Hully, no quiero que alguien más salga lastimado por mi culpa.

Como he vuelto a estar solo con Hully dice que todas y cada una de las personas que existen en el mundo, han tenido o tienen a un amigo como Hully, pero solo unos cuantos son los capaces de verlos. Según esto es porque los que no lo ven son demasiado fuertes, ¿Cómo que son demasiado fuertes, acaso yo soy débil?

Últimamente Hully ha estado diciendo que cada vez estoy más listo para ser como él, además de que su aspecto empieza a parecerse al de cuando lo vi por primera vez, es como si este hubiera sido su plan desde el inicio, dijo que en un momento solo pasaría sobre de mi y toda habrá terminado, ahora tengo siete años y no sé qué pasara pero yo quiero que si pasa algo malo al menos sepan todo lo que viví al lado de Hully. Esperen ahora que lo pienso no sé si fue buena idea contarles de esto, la última vez que lo hice no pasaron cosas buenas, si has terminado de leer esto, perdóname por lo que pueda pasar, y ten cuidado tal vez Hully ya esté detrás de ti esperando a que termines de leer, perdóname es mi culpa, yo le hice daño a Atem y ahora posiblemente a ti, todos tuvimos un Hully solo que no lo recordamos o nunca le tomamos importancia, solo te pido perdóname, ¿acaso este cumpleaños puede empeorar?

Laura Ramírez

México

28 años

Pesadilla

2:30 am

Hay algo que me observa desde ese extremo del cuarto, si me levanto a correr o gritar, ¿Me atacará? Sería una tontería. A mis veinte tres años y con este miedo me arrebató la madurez. Será mejor que trate dormir.

1:30 pm

Soñé que había un sillón rojo a los pies de la cama, y con la poca luz se veía la sombra de un hombre en traje de rayas, sobresalía la sonrisa y labios rojos. Era como un tipo payaso, casi como el Guasón, pero este, ¿qué demonios hacía? No se supone que desde hace años ya no tenía esa pesadilla. Solo tranquilízate, sabré controlarlo.

9:27 pm

Tengo un arañazo entre los dedos del pie derecho como si un gato lo hubiera hecho. Busqué en las cobijas.

11:30 pm

Una carcajada. Volteo para todos lados, veo el sillón rojo, alguien se afila las uñas con una navaja de oro, recojo mis pies, algo me arrebató las cobijas.

—Hola, Martín. ¿Cómo estás, amigo?

—¿Quién eres? ¿Qué diablos? ¿Por qué haces eso?

La sonrisa se acerca, tentáculos con olor fétido me ahorcan y al abrir la boca me introduce algo pegajoso.

5:00 pm

Fui al médico en la mañana, un dolor abdominal se apoderaba de mi cuerpo que hasta deliraba.

7:00 pm

En la parte de mi ombligo se ve una bolita, al tocarlo se mueve, no recuerdo haberme lastimado. Mañana iré al médico con Pedro, tendré que descansar. Espero lograrlo hoy, han sido días despreciables.

1:00 am

—¡Mamá! Volvió otra vez, ¡Ayúdame! Estoy amarrado de nuevo como aquella vez, por favor mamá, ¿dónde estás?

—Aquí estoy, cariño, no te preocupes. Está aquí tu mami para nunca dejarte despertar.